


*El cuento es superior, ¿no?*

 Vive en un enorme piso de la calle Posadas en la Recoleta porteña, donde todos los ambientes están repletos de libros, colecciones añejas, cuadros, fotografías familiares, algún bibelot, una chimenea de mármol, sillones trajinados por los años y el uso. Cuando luego de largas gestiones ha aceptado la entrevista (realizada en diciembre de 1987), y a pesar de una gripe que la afecta me recibe con una cordialidad inesperada, se acomoda en un sillón y responde a las preguntas en su estilo cauteloso, como desconfiado al principio, y que luego se va haciendo amistoso, juguetón, a medida que observa que se cumplen las reglas de juego: hablar sólo de literatura.

De voz suavcita, apenas vacilante, acompaña lo que dice con una mirada que penetra al interlocutor, que averigua sus intenciones, y que a la vez está llena de interrogantes. Es dueña de una cordialidad inusual, y sabe hacer sentir a gusto a quien gusta de su trato. Divertida, deliciosamente pícara, el tuteo con que halaga al entrevistador ayuda a crear un clima íntimo, propio de ese sombrío atardecer de primavera lluviosa. Su interés —su amabilidad— por el otro, por el que tiene enfrente, desvía por momentos la entrevista, pero sirve para que el resultado sea más una conversación que un trabajo. Aparentemente frágil, se tiene ante ella la indesmentible

sensación de que se está frente a una mujer apasionada, impulsiva, agudísima.

Es un placer conversar con ella. Es la clase de persona cuya sola presencia seduce, y cuya obra admira, lo cual dificulta todo vano ejercicio de objetividad. Quizá por eso esta entrevista no recorre los carriles habituales. Posiblemente Silvina Ocampo sea uno de los mejores cuentistas argentinos de este siglo. Su obra —simplemente extraordinaria— merece el sencillo y leal homenaje de la lectura constante; y esta entrevista pretende proponerse, sencillamente, como un retrato de esta cuentista admirable.

GIARDINELLI: *Le propongo iniciar esta conversación hablando de su relación con la escritura, para luego derivar hacia el cuento. ¿Le parece?*

OCAMPO: Bueno, entonces lo primero que diré es que yo he puesto todo lo que tengo en lo que he escrito. Porque para mí escribir es lo más importante que me ha sucedido.

—*¿Siempre fue así?*

—Siempre. Escribir y dibujar. Me gusta mucho dibujar. Empecé a los siete u ocho años, y dibujé muchísimo. Pero nadie me conoció por mis dibujos, porque no me hice conocer. Para que a uno lo conozcan, uno tiene que moverse. Y yo no me moví nada. Ahora me echo la culpa.

—*¿Es una vocación perdida, el dibujo?*

—No, en absoluto. Yo adoraba el dibujo, adoraba la pintura. Era para mí un éxtasis, ¿no? Pintaba y dibujaba para mí. No era un trabajo que me lo imponía, sino que era mi delirio. Me encantaba.

—*¿A la par de la escritura?*

—No. La escritura fue después. Porque con la pintura yo no logré lo que quería. Yo quería que alguien se diera cuenta de lo que yo hacía, y que me comprendiera. Pero nunca encontré a nadie. Me sentí muy sola en ese trabajo... Yo estudié con Chirico (Giorgio de Chirico, 1888-1978) y te aseguro que para mí las clases de Chirico fueron muy importantes. Era una maravilla él, cómo pintaba. Yo lo siento como una pérdida del mundo. Para mí era el más grande.

—*¿Y la escritura, qué papel jugó para usted; qué fue?*

—Bueno, fue mi vida, ¿no? Todavía hoy sigo escribiendo, diariamente. Cuando dejé la pintura, lo hacía con ingratitud. Me sentía culpable de hacer esto, porque amaba tanto la pintura, y todo lo que tuviera que ver con ella, ¿no? Y con el dibujo. Me preguntaba cómo era posible, me decía: «Ahora me pongo a escribir y no existe otra cosa que escribir». Entonces me sentía culpable. Durante mucho tiempo, de noche, yo pensaba en eso. Lloraba, lloraba de pena. Pensaba: «¿Cómo puedo dejar de pintar, Dios mío?».

—*¿Y por qué dejó?*

—Porque prefería escribir. Fue una elección, al fin y al cabo.

—*¿Y cuándo hizo esa elección?*

—No lo sé exactamente. Pero toda mi vida escribí. Desde que era muy chica. Y escribía tanto que las maestras que tuve, cuando les mostraba lo que había escrito, me decían «pero no escribas tanto, che, que estás gastando todo el papel que hay en la casa». Es «una falta de economía», decían. Quizá era porque me daban temas para escribir y yo no les hacía mucho caso. Me decían escribí tal cosa, o sobre tal otra, pero siempre era yo misma la que elegía mis temas. Hoy sé que si escribía así era porque así lo sentía. Y no admitía que nada ni nadie modificara mis sentimientos. Yo escribía muchísimo...

—¿Y ahora?

—Ahora me pasa otra cosa: yo quisiera decir cosas mucho más largas, mucho más largas... Pero no me gusta lo que escribo cuando escribo extensamente. Porque cuando lo hago así, cuando me fluye la escritura larga, me parece que resulta algo que está de más. «Mira, me digo, creo que esto es demasiado...»

—¿Por alguna razón estética, o filosófica?

—No, simplemente porque me parece que lo que yo quiero expresar se pierde dentro de ese cúmulo de palabras e ideas que he puesto en el papel, ¿no? Y entonces, inmediatamente, empiezo a borrar y a borrar, y a hacer todo de nuevo. Porque yo soy muy porfiada ¿sabes?

—¿Siempre retrabaja mucho, siempre reescribe?

—Sí, siempre. Aunque soy muy impulsiva. En fin: soy las dos cosas. Puedo ser muy impulsiva y trabajar rápido, y a la vez puedo ser muy lenta, morosa y trabajar y trabajar lo mismo...

—*Me gustaría que hablara un poco del cuento como género, Silvina.*

—Para mí es lo más importante que existe en literatura. ¿No te parece? Es el género que más me gusta. Yo prácticamente no he hecho otra cosa. Fíjate que tengo dos novelas escritas pero no las publiqué. Las dejo para un momento en que ya no las vea, como se deja algo inferior. Y es que son obras muy inferiores. El cuento es superior, ¿no te parece?

—*Lo que importa es lo que diga usted.*

—Humm. Yo creo que el cuento es superior a la novela. Como género, digo. El cuento es lo primero que ha existido en la literatura. Existe como Adán y Eva. Como un algo que inicia todo. Es genético, diríamos. Podríamos remedar a la Biblia: «Lo primero fue el cuento». Para mí fue algo primordial, en mis primeros años. Era lo princi-

pal. Yo me formé leyendo cuentos. Y mi imaginación hizo el resto, porque no sólo lo conocía al cuento como género, sino que lo esperaba, lo buscaba por todos los rincones. Crecí buscando algo que sirviera para escribir un cuento.

—¿Le contaban cuentos, de niña?

—Sí, pero yo los corregía. Primero oralmente, claro. Me contaban cuentos en verso, pero eran cuentos muy mal hechos. Entonces, yo los corregía, quitándoles esto o aquello. Yo ya sentía la armonía que tenía que haber en un cuento, la buscaba, interviniendo en el relato y corrigiéndolo.

—¿Empezó escribiendo cuentos, Silvina? ¿A qué edad?

—Bueno, claro que empecé en este género, y nunca lo dejé, ¿no? Era muy chica, cuando escribí los primeros. Era una adolescente, muy jovencita. Y mis cuentos de cuando era chica, fíjate, se parecen bastante a los que escribo ahora. Porque ahora tengo algo muy infantil en mis cuentos. Cuando los vuelvo a leer, me digo: «Pero cómo es posible esto...».

—Quizá por eso en varios de sus cuentos aparece un aire como de niñez atormentada, juguetona pero ansiosa. Pienso en cuentos suyos como *La cabeza de piedra* o *El automóvil*. ¿A qué se debe? ¿Tiene que ver con evocaciones, con nostalgias, quizá?

—Bueno, mi nostalgia es muy grande. Yo vivo de nostalgias. Y sobre todo, lo que escribo es lo que está más lleno de nostalgias. Yo no demuestro, o no pruebo, que soy nostálgica, pero de todos modos creo que el lector lo siente. Creo yo. Porque he publicado muchísimo. Escribí toda mi vida, ¿no? Mi escritorio, la mesa donde trabajo, está lleno, lleno de hojas escritas que nunca terminé de corregir. Pero que un día voy a corregir. Porque cuando los tomo y los leo, me gustan. Eso es lo raro, ¿no?

—¿Cuál ha sido el material fundamental de su cuentística, Silvina? ¿Los sueños, la realidad, los recuerdos, experiencias vividas? En general, noto que sus cuentos tienen mucho de mundo dislocado; no el absurdo a lo Jarry, pero sí una especie de ironía constante, un abordaje tangencial e inquietante.

—Sí, estoy entre la ironía, la nostalgia y, casi, el romanticismo. También mucho lirismo.

—Por eso, creo, El automóvil es casi una reflexión sobre el amor. Tiene un tono decimonónico, si se quiere, ubicado en el veinte.

—¿Te gustó ese cuento?

—De su producción, es mi preferido.

—El mío también (se ríe). Fue un cuento muy difícil de contar, sin ridiculizar la situación. La puerilidad y la cursilería están al borde, es como caminar al borde del precipicio.

—Hay temas, como el amor, que sin talento no se pueden abordar. Más vale no menearlo y ocuparse de otros temas, ¿no?

—¡Ya lo creo! (Se ríe, divertida.) Es el tema más peligroso.

—Volviendo a la ironía, algún crítico ha dicho que en lo suyo hay crueldad. Yo no lo creo, pero es una manera de llamarlo. ¿Usted que piensa?

—¿La crueldad? Sí, me hicieron ese tipo de crítica. Pero creo que no, me parece que eso es falso. El mío es un mundo de paradojas, de alusiones... En todo caso, todo me ha venido de mi mundo onírico, que es paradójal.

—¿Qué tan fuerte fue su vida onírica?

—Fue intensísima. Casi me impedía vivir normalmente, como todo el mundo. Yo era muy intelectual cuando era chica. No sé de dónde me viene eso. Creo que siempre fue una cosa muy natural en mí.

—¿Y actualmente sigue soñando? ¿Los sueños le dictan cuentos?

—Sigo soñando, sí, sueño bastante. Pero con mis sueños creo que no he hecho ningún cuento. No puedo explicar cómo surgen los cuentos. *El automóvil*, por ejemplo, lo hice pensando en el amor. ¿Cuál es la cosa más desesperada en el amor?... Bueno, yo puse un automóvil porque va rápidamente, te lleva, y es una carrera. Un vértigo. Esa es la metáfora.

—¿Cómo ha trabajado usted, Silvina: por horas, por páginas, por puras ganas?

—Eso depende del temperamento. A veces tengo necesidad de escribir tan rápidamente que no tengo ni tiempo de alcanzar un papel y un lápiz. Yo tomo un papel, me lo pongo sobre las rodillas y escribo. Escribo a veces sólo palabras, que luego voy a poner en un cuento, en lo que vaya a escribir. Pero, ¿sabes?, yo creo que no se puede describir ningún hacer literario. Es imposible describir una relación muy nítida de cómo uno ha trabajado y de cómo se trabaja.

—¿Manuscribe?

—No, lo que digo es que siempre hago una primera versión a mano, y después dicto. El dictado me ha funcionado muy bien; me gusta dictar, porque repito lo que he escrito y vuelvo a oír. Y entonces, al oírlo, veo si hay algo tremendo en lo que escribo.

—¿Usted cree en el sonido, en la musicalidad de un cuento?

—Mucho, es en lo que más creo. Creo que el cuento es música, todo es música.

—*El cuento es música de cámara, ¿no cree? Como la novela sería sinfónica.*

—Claro (se ríe). Yo tengo tal admiración por la música, siento un deleite total, que tengo que atribuirle to-

da clase de influencias sobre las personas. Y claro: sobre el escritor.

—¿Ha podido escribir con música? ¿No ha necesitado silencio para escribir?

—Claro que puedo escribir mientras escucho, porque puedo escribir mientras siento. Me motiva. A veces, en la casa donde yo estaba, había música en todas partes. Se tocaba mucho el piano; mis hermanas tocaban a dos pianos, o a cuatro manos. Yo misma estudié piano durante algún tiempo. Pero exigía mucho tiempo...

—Además, con una vocación tan fuerte por el dibujo, la pintura y la literatura, ya era suficiente, supongo.

—Claro. Es que no se puede amar a dos cosas al mismo tiempo. Al menos, no se puede con la misma pasión. Quizá se puede amar dos cosas o más (se ríe) pero nunca con igual pasión. Y es muy difícil.

—Otra cosa notable en sus cuentos es el humor. Es muy sutil, y diría que muy intelectual. ¿Ha surgido, o es producto de una práctica?

—Me surgió naturalmente. Ha salido de algún lado, que no sé precisar. Soy una persona de buen humor, a veces. Pero otras veces me inclino por la melancolía. Las cosas me duelen mucho cuando van en contra de todo lo que yo pienso, de lo que siento. Entonces, eso perfora un poco mi alma, ¿no? Es como si me pasaran agujas, y concitan algo que me hace dar coces.

—Propio de una mujer apasionada... Usted lo es, ¿no?

—Sí, he sido muy apasionada. Y creo que eso se nota en mi obra. Creo que se nota. Gustará más o gustará menos éste o aquel cuento, pero no hay ninguno frío. Creo. Porque cuando un cuento es frío, no sirve.

—¿Eso le ha pasado con la novela, *Silvina*?

—Tal vez. Pero voy a volver a tomar esas novelas, y las voy a seguir hasta que pueda, ¿no? Lo que pasa es que

la largura del camino me asusta. Porque pienso que estoy perdiendo fuerza. Es como si uno perdiera fuerza en las cosas largas... ¿no?

—¿Le preocupa el tema del tiempo y la fuerza? ¿Tiene que ver con los años, Silvina?

—No, tiene que ver con la obra. Mismo cuando tengo mis textos en las manos, siento que eso no sirve, que está todo lleno de hojas, siento que no sirve porque es demasiado.

—Bueno, quizá en literatura la sabiduría es también sintetizar. Me imagino que la sabiduría tiene mucho que ver con la cantidad de hojas. Y que cuando uno se acerca a la síntesis es porque sabe más. La caudalosisdad, la torrencialidad, es algo muy juvenil.

—Es cierto. ¿A vos también te ha pasado?

—Creo que nos sucede a todos.

—(Se ríe, a carcajadas, y se interesa por el trabajo de entrevistador.) Sí, a mí me ha pasado, e incluso hay cuentos de jóvenes autores como Alfredo Novelli, que me ha atraído por la síntesis, por lo cortos que son. Yo le pregunté: «Decime, ¿cómo hacés para escribir de esa manera tan breve, que no queda ninguna otra palabra que agregar?». Él dice: «Ay, es tan fácil». Pero yo no creo que sea tan fácil; yo no puedo escribir así.

—Pero usted no ha escrito cuentos largos, sino más bien breves.

—Son todos cortos, sí. Son *short stories*, como les gusta mucho decir a los norteamericanos.

—¿Y *la nouvelle*, el cuento largo, no le gusta?

—Sí, me atrae mucho, y creo que podría intentar una. De 80 o 100 páginas. Sí, me atrae bastante, casi tanto como el cuento.

—¿Usted cree que existe alguna técnica para el cuento? ¿O es una intuición?

—(Piensa unos segundos) Yo creo que sí. ¿Vos también?

—*Creo que hay una preceptiva mínima, pero el dominio técnico —si lo hay— no garantiza un cuento.*

—Ah, claro. Eso no lo garantiza nada. Pero fíjate que si se parte de una idea de cómo hay que hacer un cuento, me parece que el cuento sale mejor. Siempre es mejor hacer algo, si se sabe hacerlo, ¿no? Yo creo que uno, cuando va a escribir un cuento, debe hablar primero con su imaginación. Uno debe preguntarse primero qué hay, qué tiene ahí. La imaginación siempre nos relata algo; y entonces uno verá cómo lo relata, desde qué punto de vista. Pero es muy difícil explicar esto.

—*¿Usted, por ejemplo, antes de escribir un cuento, se lo relata primero a sí misma? ¿Hay, digamos, alguna oralidad previa?*

—Algunas veces sí. Cuando son buenos cuentos, sí. Por ejemplo, *El automóvil* lo imaginé primero, y me lo conté. Lo imaginé todo antes de escribirlo. Primero debí saber todo lo que iba a pasar. En general, soy fiel a la imaginación. Pero ocurre, en ocasiones, que me desvío, que me pierdo en ciertos detalles, porque me encantan los detalles. Y aunque sea totalmente distinto de la idea previa, si el detalle me parece que es atractivo lo pongo igual. Eso es importantísimo. A mí me encantan los detalles. Son importantes en la vida, ¿no te parece?

—*¿Qué papel jugó en su obra la observación crítica de la realidad, Silvina? Me da la impresión de que sus cuentos, en general, son realistas. Y también no lo son.*

—Es cierto. Veo que has pensado mucho sobre mis cuentos. Y estoy muy halagada por eso. Me gusta... (Se produce un largo silencio.) ¿Qué me preguntaste?

—*Sobre la realidad.*

—Ah, yo me aparto de la realidad. Aunque para dar realismo tengo que volver a ella. Pero yo me aparto, ni me fijo en ella. Y después vuelvo.

→ —*Sus cuentos parece que se despegan, pero a la vez conservan referencias a la realidad. Usted no hizo, digamos, como Jonathan Swift, que creó otro mundo, otra realidad, sino que trabajó siempre con este mismo mundo. Un ir y venir. Una forma elusiva, y a la vez alusiva. ¿Es así?*

—Es cierto, es cierto... Estas cosas que decís me halagan mucho, y me encanta que hayas estudiado tanto mis cuentos. Entonces, ¿qué puedo decir yo? Decís cosas muy lindas. Estoy muy contenta (Se ríe, con carcajadas de gozo.)

—*Volviendo a su niñez, ¿usted sabía que iba a ser escritora?*

—Saber... Tal vez intuía. Pero saber, nunca, porque saber es estar segura de una cosa. Yo pensaba que iba a poder escribir, porque si deseaba una cosa yo la conseguía. Siempre fui muy tenaz. No era caprichosa, pero sí vehemente. Era como una seguridad de que podría. No sé quién me la habrá infiltrado, pero lo sabía, quizá por algún método milagroso. Yo creo mucho en los milagros, ¿sabes? Y en la magia también. ¿Y vos?

—*Claro que sí. Y soy supersticioso.*

—Yo también, soy terrible (se ríe). Aunque he tenido que renunciar a muchas cosas, por la superstición. Por ejemplo, renuncié a tener pajaritos. Me gustaban mucho los pajaritos, y no desperdiciaba la oportunidad de que alguien me regalara algunos. Tanto, que tres o cuatro veces logré que me regalaran pajaritos. Y a los pocos días, la persona que me los había regalado, moría. Era horrible, horrible... Y ya no quise tener pajaritos. No los aborrecía, pero sí les temía.

—*Esto es un cuento en potencia. ¿Lo ha escrito?*

—No, no... Pero soy capaz de escribir ese cuento. Así salen, mágicamente, ya ves.

—*Usted hablaba hoy de la nostalgia. ¿De qué tiene nostalgia, Silvina?*

—(Se ríe unos segundos, divertida.) ¿Cómo podría enumerarte toda mi nostalgia? No terminaría jamás, no cabría en todos los libros que hay en este cuarto... Siento nostalgias de todo: de un lugar, de un libro, de una cara. De todo.

—*¿Podría decir de qué lugar, de qué libro y de qué cara por ejemplo?*

—No. Ahora estoy demasiado perturbada por las cosas que me estás preguntando. Son muchas cosas. Sos casi un confesor.

—*Me está diciendo que cambie de tema. Cambio.*

—No, no es eso, te lo diría abiertamente. Soy muy franca, siempre digo las cosas que pienso.

—*No sé si lo compartiré, pero creo que uno va escribiendo su autobiografía en toda su obra, si bien ningún texto es nuestra biografía. Lo digo porque ahora reparo que en su cuento La lección de dibujo hay matices claramente autobiográficos. Incluso, el personaje de ese cuento se llama Ani Vlis, que es anagrama de Silvina.*

—Claro (sonríe). Y fijate que ese cuento también me gusta mucho, como si no fuera mío. Es de esos cuentos que se alejan de uno, y al que uno puede volver tiempo después, transformados en otra cosa. Hay una cierta discreción del cuento; como si se escondiera, ¿no? Uno no lo ha escondido, pero él se escondió.

—*¿Usted lee sus cuentos, una vez publicados?*

—Sólo los leo hasta que voy a publicarlos. Pero cuando me alejo de ellos, ya no los miro más. Y si por alguna razón vuelvo a encontrarlos, los leo y a veces me entusiasmo con ellos, leyéndolos como si fueran de otros.

—¿No le vienen ganas de reescribirlo, en ese caso?

—No. Siento que es una lástima que ya lo haya escrito. Pienso que me gustaría volver a escribirlo, que podría hacerlo mejor ahora... Siempre espero escribir mejor.

—¿Qué está escribiendo ahora?

—No te lo puedo decir, porque después no lo voy a poder publicar. (Y vuelve a reírse, divertida, y se excusa porque está cansada, dice, y elegantemente da por terminada la entrevista.)